

**LAS ALLEGORIAE QVAEDAM SANCTAE SCRIPTVRAE  
(CPL 1190) Y EL DE HAERESIBVS (CPL 1201)  
DE ISIDORO DE SEVILLA TRADUCIDOS**

JOSÉ CARLOS MARTÍN-IGLESIAS  
*Universidad de Salamanca*  
jocamar@usal.es

PRESENTACIÓN<sup>1</sup>

Isidoro de Sevilla, que ocupó la cátedra episcopal hispalense durante el primer tercio del s. VII hasta su muerte en abril del año 636, fue un escritor polifacético. Se interesó por la historia del mundo y de Hispania, por la historia de la literatura cristiana, y, en especial, de nuevo, en lo tocante a Hispania, por la historia de la Iglesia, de las doctrinas heréticas surgidas en el seno de ésta y de los oficios eclesiásticos, por la conversión de los judíos, por la disciplina monástica, por la enseñanza de los principios de la fe católica y la norma de vida cristiana tanto entre el común del pueblo como entre los principales del reino e incluso el rey, por el uso adecuado de la lengua latina, por el estudio del mundo natural y por la enseñanza de las Sagradas Escrituras, en forma de tratados de exégesis bíblica literal y alegórica. Además de dedicar tratados monográficos a todos

<sup>1</sup> Trabajo asociado al Proyecto de Investigación FFI2016-76495-P (MINECO) y al GIR de la Universidad de Salamanca “Antigüedad Tardía y Alta Edad Media en Hispania” (ATAEMHIS).

estos temas, recogió, sistematizó y ordenó estos conocimientos y otros muchos atinentes, por ejemplo, a la retórica, la filosofía, la medicina, la música, el derecho, la botánica, la zoología, la agricultura y, en definitiva, los diferentes ámbitos de la vida humana, en la vasta enciclopedia de las *Etymologiae* (CPL 1186)<sup>2</sup>.

De esta amplia producción escrita, sus tratados exegéticos siguen adoleciendo en gran medida de buenos estudios. Su *De ortu et obitu Patrum* (CPL 1191) es una ilustre excepción en este sentido, pues fue editado críticamente en 1985 por César Chaparro Gómez<sup>3</sup>; y, si es verdaderamente auténtico (pues he de reconocer mi escepticismo), el *Liber numerorum qui in Sanctis Scripturis occurrunt* (CPL 1193) que se le viene atribuyendo, publicado también en época moderna por Jean-Yves Guillaumin<sup>4</sup>. Pero los *Prooemia in libros Veteris et Noui Testamenti* (CPL 1192)<sup>5</sup>, las *Quaestiones in Vetus Testamentum* (CPL 1195)<sup>6</sup> y las *Allegoriae quaedam Sacrae Scripturae* (CPL 1190)<sup>7</sup> aún requieren de ediciones modernas, y sin éstas, cualquier estudio sólo podrá ser parcialmente útil.

2 Algunas recientes monografías dedicadas a este autor y su obra son: A. T. Fear, J. Wood (eds.), *Isidore of Seville and His Reception in the Early Middle Ages. Transmitting and Transforming Knowledge*, Amsterdam (Amsterdam University Press) 2016 (Late Antique and Early Medieval Iberia, 2); J. C. Martín-Iglesias, *Escritos medievales en honor del obispo Isidoro de Sevilla: Introducción, traducción, índices y notas*, Turnhout (Brepols) 2017 (Corpus Christianorum in Translation, 29), esp. 14-79 (con una amplia bibliografía; J. Sánchez Herrero (coord.), *San Isidoro de Sevilla en Sevilla*, Sevilla (Universidad de Sevilla) 2018 (Historia y Geografía, 339), un volumen de desigual interés; R. Miguel Franco, J. C. Martín Iglesias, *Braulionis Caesaraugustani Epistulae et Isidori Hispalensis epistulae ad Braulionem. Braulionis Caesaraugustani Confessio uel professio Iudaeorum ciuitatis Toletanae*, Turnhout (Brepols) 2018 (CC SL 114B), esp. 28\*-56\*; y A. Fear, J. Wood (eds.), *A Companion to Isidore of Seville*, Leiden (Brill) 2019 (Brill's Companions to the Christian Tradition, 87).

3 C. Chaparro Gómez, *Isidoro de Sevilla. De ortu et obitu Patrum. Vida y muerte de los santos. Introducción, edición crítica y traducción*, Paris (Les Belles Lettres) 1985 (Auteurs Latins du Moyen Âge).

4 J.-Y. Guillaumin, *Isidore de Séville. Le livre des nombres. Liber numerorum. Édition, traduction et commentaire*, Paris (Les Belles Lettres) 2005 (Auteurs Latins du Moyen Âge).

5 PL 83, 155-180 (= F. Arévalo, *S. Isidori Hispalensis episcopi Hispaniarum doctoris opera omnia*, vol. 5, Roma, 1802, 190-219).

6 PL 83, 207-424 (= Arévalo, *S. Isidori Hispalensis episcopi, o. c.*, 259-551). El comentario al libro del Génesis ha sido editado, no obstante, por M. M. Gorman, *Isidorus episcopus Hispalensis, Expositio in Vetus Testamentum: Genesis. Textum ad fidem codicum antiquorum restituit Michael M. Gorman, fontes operis nunc primum detexerunt Martine Dulacq et Michael M. Gorman*, Freiburg (Herder) 2009 (Aus der Geschichte der lateinischen Bibel, 38), 1-109.

7 PL 83, 97-130 (= Arévalo, *S. Isidori Hispalensis episcopi, o. c.*, 115-151).

Ahora bien, aunque seguimos esperando contar con buenas ediciones de conjunto de las obras señaladas, no podemos ni debemos apartar de ellas nuestro interés. Cualquier nueva contribución al respecto será de utilidad, en mayor o menor medida, para el estudioso que asuma la tarea de ofrecer la primera edición crítica de esos tratados exegéticos.

Recientemente me he interesado por una de estas obras, las *Allegoriae quaedam Sacrae Scripturae*, a cuyas fuentes he dedicado un amplio comentario <sup>8</sup>. Las *Alegorías de las Sagradas Escrituras* son un tratado exegético de carácter alegórico en el que, tras un breve prólogo dirigido al destinatario de la obra (§§ 1-3), Isidoro interpreta 127 pasajes del Antiguo Testamento (§§ 3-129) y 121 del Nuevo (§§ 130-250). De acuerdo con mi propio estudio, entre los pasajes comentados del Antiguo Testamento se cuentan, en este orden, en general, 50 del Génesis, 4 de Job, 5 del Éxodo, 1 de Levíticos, 9 de Números, 4 de Josué, 6 de Jueces, 2 de Ruth, 7 de I Reyes, 1 de II Reyes, 7 de III Reyes, 11 de IV Reyes, 1 de II Paralipómenos, una entrada sobre cada uno de los siguientes profetas: Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Oseas y Joel, Amós, Jonás, Habacuc, Sofonías, Ageo y Zacarías (juntos) y Malaquías, 2 sobre I Esdras, 1 sobre Iudith, 2 sobre Tobías, 2 sobre Daniel y 1 más sobre II Macabeos. Pasando ya al Nuevo Testamento, Isidoro dedica una entrada común a los cuatro evangelistas y otra a cada uno de ellos (Mateo, Marcos, Lucas y Juan), una al apóstol Pedro, otra al grupo de los doce apóstoles, una más a los setenta y dos discípulos (a partir de un pasaje de Lucas), una a José (el esposo de la Virgen María) y otra a la Virgen María (a partir de sendos pasajes de Mateo), una a Zacarías (el padre de San Juan Bautista) (a partir de un pasaje de Lucas), una a San Juan Bautista (a partir de Mateo o de Lucas), 56 al Evangelio de Mateo, 44 al de Lucas y 9 al de Juan (aunque la identificación de algunos de los pasajes comentados es dudosa). Las fuentes más importantes son los escritos de Agustín de Hipona y Jerónimo de Estridón. Junto a ellos, Isidoro se sirve también de Ambrosio de Milán, Gregorio Magno, Orígenes, Cesáreo de Arlés, Quodvultdeo, Arnobio el Joven, Novaciano o Rufino de Aquilea, además de otros muchos. Por otro lado, varios pasajes

<sup>8</sup> J. C. Martín-Iglesias, "Las fuentes de las *Allegoriae quaedam sanctae scripturae* (CPL 1190) de Isidoro de Sevilla", *Euphrosyne* n. s. 46 (2018), 143-179.

de las *Alegorías* se repiten, más o menos literalmente, en otros tratados del propio Isidoro, como las *Quaestiones in Vetus Testamentum*, los *Proemia in libros Veteris ac Noui*, las *Sententiae* (CPL 1199) o las *Etymologiae*. Al menos, de acuerdo con el texto con el que hasta ahora debemos trabajar, que no es otro que el publicado en Roma en 1802 por Francisco Arévalo, luego reimpresso por Jacques-Paul Migne en 1862 en el volumen 83 de su *Patrologia Latina*. Es sabido, sin embargo, desde hace tiempo que los manuscritos conservan distintas versiones de esta obra que remontan, verosíblemente, al propio autor<sup>9</sup>. Amplió ahora el estudio sobre las fuentes de las *Alegorías*, con una nueva traducción española de su texto, del que sólo conozco otra, publicada en Buenos Aires en 1936 por Lorenzo Molinero, de calidad, pero difícil de conseguir<sup>10</sup>.

Otro escrito al que no hace mucho he dedicado un pequeño trabajo es el *De haeresibus* (CPL 1201) que se venía atribuyendo a Isidoro de Sevilla sin una total certeza. Esta obrita no había vuelto a editarse desde que en 1940 lo hiciese Ángel Custodio Vega, su descubridor, y apenas había sido estudiada<sup>11</sup>. Al revisar el único manuscrito conocido que conserva este opúsculo, advertí que Vega había omitido una entrada por un salto de ojo (la 12, 4), lo que me empujó a editar críticamente de nuevo ese texto y a revisar el problema de sus fuentes y, por extensión su autoría, para concluir que, con toda probabilidad, es obra de Isidoro, como propuso su

9 Los trabajos fundamentales sobre este tratado y su transmisión son los de D. Poirel, "Un manuel d'exégèse spirituelle au service des prédicateurs: les *Allegoriae* d'Isidore de Séville", *Recherches Augustiniennes* 33 (2003), 95-107; J. Elfassi, D. Poirel, "Isidorus Hispanensis ep.", en P. Chiesa, L. Castaldi (eds.), *La trasmissione dei testi latini del Medioevo. Mediaeval Latin Texts and their Transmission. Te.Tra. 1*, Firenze (Sismel) 2004 (Millennio medievale, 50; Strumenti e Studi, n.s. 8), 196-226, esp. 196-201 (estudio de D. Poirel); y también de D. Poirel, "Quis, quid ubi, quibus auxiliis, cur, quomodo, quando. Les recensions multiples des *Allegoriae* d'Isidore de Séville", en M<sup>a</sup>. A. Andrés Sanz, J. Elfassi, J. C. Martín-Iglesias (eds.), *L'éditition critique des œuvres d'Isidore de Séville: Les recensions multiples. Actes du colloque organisé à la Casa de Velázquez et à l'Université Rey Juan Carlos de Madrid (14-15 janvier 2002)*, Paris (Institut d'Études Augustiniennes) 2008 (Études Augustiniennes. Série Moyen Âge et Temps Modernes, 44), 15-47.

10 L. Molinero, *San Isidoro: Algunas alegorías de la Sagrada Escritura*, Buenos Aires (Cursos de Cultura Católica) 1936.

11 A. C. Vega, *S. Isidori Hispanensis Episcopi De Haeresibus liber*, El Escorial (Typis Augustinianis Monasterii Escorialensis) 1940 (Scriptores Ecclesiastici Hispanolatini Veteris et Medii Aevi, 5). Fue reimpressa en A. Hamman (ed.), *Patrologiae cursus completus a J.-P. Migne editus et Parisiis, anno Domini 1844, excusus. Series Latina: Supplementum*, Paris (Garnier Frères) 1970 (reimpr. 1990), vol. IV, 4, 1815-1820.

primer editor <sup>12</sup>. No conozco ninguna traducción de esta rápida exposición de las principales herejías combatidas por la Iglesia hasta comienzos del s. VII, por lo que, aunque su latín no plantea tantos problemas de comprensión como las *Alegorías*, me ha parecido útil incluirla en este mismo trabajo, facilitando, de este modo, su acceso al amplio grupo de estudiosos de la Antigüedad Tardía y la Edad Media que se interesan por este tipo de escritos sin grandes o nulos conocimientos de latín. En este tratado, Isidoro comienza explicando las diferencias que existen entre un católico ortodoxo, un mal católico, un hereje y un cismático (§§ 2-6); tras un párrafo de transición en el que vuelve a ocuparse de las razones por las que una persona se convierte en hereje (§ 7), presenta las principales herejías cristianas (§§ 8, 1 a 8, 49), lo que constituye el núcleo central de su exposición; a continuación, tras una nueva frase de transición entre el segundo y el tercer sector de su obra (§ 9), resume las creencias de las principales sectas judías (§§ 10, 1 a 10, 10), para ocuparse, finalmente, de las creencias heréticas (a su modo de ver) de los paganos, en realidad, doctrinas filosóficas (§§ 12, 1 a 12, 6), que precede, como en el resto de su tratado, de una pequeña introducción (§ 11). Si las *Alegorías* son una obra compleja y original, en la que Isidoro se esfuerza por combinar y reescribir sus fuentes hasta el punto de hacerlas con frecuencia irreconocibles, el tratado *Sobre las herejías* es, claramente, un escrito mucho más simple, en el que el autor reproduce sus fuentes de forma literal y no advierte que una de las herejías recogidas en su catálogo, los eutiquianos, se encuentra repetida en dos entradas (8, 31 y 8, 49) como consecuencia de las distintas grafías con las que el nombre de los seguidores de esta secta se presenta en las diversas fuentes latinas que maneja, que son, en lo fundamental, el *De haeresibus* (CPL 314) de Agustín de Hipona y el *Indiculus de haeresibus* (CPL 636) del Ps. Jerónimo de Estridón, completadas con el *Aduersus omnes haereses* (CPL 959) de Genadio de Marsella, los *Chronica* (CPL 2257) de Próspero de Aquitania, los *Moralia in Iob* (CPL 1708) de Gregorio Magno, el *De opificio Dei* (CPL 87) de Lactancio y el *Octauius* (CPL 37) de Minucio Félix, además de alguna otra fuente dudosa.

12 J. C. Martín-Iglesias "El tratado *De haeresibus* (CPL 1201) atribuido a Isidoro de Sevilla: notas en favor de una autoría discutida y primera edición completa del texto", *Filologia Mediolatina* 25 (2018), 139-174.

TRADUCCIÓN DE LAS *ALLEGORIAE QVAEDAM SANCTAE SCRIPTVRAE*  
(CPL 1190)<sup>13</sup>

Ciertas interpretaciones alegóricas de las Sagradas Escrituras de san Isidoro, obispo hispalense.

Prefacio.

A mi virtuoso señor y venerable hermano Orosio, Isidoro.

(1) Algunos nombres muy conocidos de la Ley y de los Evangelios que se ocultan simbólicamente bajo la alegoría y carecen de interpretación, tras una sucinta selección, los he reunido aquí con rapidez a fin de darlos a conocer a los lectores de forma clara y sencilla. Como no han sido explicados, el escaso material de que disponía para comentarlos me ha limitado mucho y no me ha permitido elaborar un libro ni explicar con detalle los misterios de esas figuras. Ciertamente, mi intención era que, a partir de las interpretaciones que se exponen, se entendiesen tanto los hechos precedentes como los subsiguientes.

(2) Así pues, te ofrecemos estos nombres dignos de ser meditados y aprobados por tu sabiduría a fin de que cuides de corregir con solicitud aquello que parezca fruto de la ignorancia en la relación de palabras y sentidos que siguen. En efecto, queridísimo hermano mío, yo me consideraré merecedor de perdón, si se censura esta obra, pues no he reservado la explicación de estos nombres a mi propio criterio, sino que los he confiado a tu buen juicio para que por él sean corregidos.

Del Antiguo Testamento.

(3) Adam llevó en sí la figura de Cristo, pues, del mismo modo que él fue creado *a imagen de Dios* (Génesis 1, 27) el sexto día, así también en la sexta edad del mundo el Hijo de Dios se vistió con la forma de la carne, esto es, adoptó la forma del siervo a fin de reformar al ser humano a semejanza de Dios.

(4) Eva designa a la Iglesia construida sobre el misterio del bautismo, que fluyó del costado de Cristo, cuando éste moría en la

<sup>13</sup> Traducción del texto de Arévalo, *S. Isidori Hispalensis episcopi, o. c.*, 115-151 (= PL 83, 97-130), mínimamente corregido por mí en algunos pasajes. Las referencias bíblicas remiten a la Vulgata.

cruz, así como Eva surgió del costado de un hombre, cuando éste dormía.

(5) Abel, pastor de ovejas, simbolizó la figura de Cristo, que es el verdadero y buen pastor, tal y como él mismo dice: *Yo soy el buen pastor, pues arriesgo mi vida en defensa de mis ovejas* (Juan 10, 11), y va a venir a guiar a los pueblos fieles.

(6) Caín, hermano de este último y de más edad que él, que mató a ese mismo Abel en el campo, simboliza al primer pueblo de Dios, que mató a Cristo en el lugar del Calvario.

(7) Enoch, hijo de Caín, en cuyo nombre su padre fundó una ciudad, simboliza a los impíos que ponen sus esperanzas únicamente en esta vida.

(8) Seth, que significa “resurrección”, representa a Cristo Jesús, en el que se halla la verdadera resurrección y la verdadera vida de los fieles.

(9) Enós, hijo de este último, que, lleno de esperanza, invocó el nombre del Señor, simboliza a la Iglesia que vive con esperanza hasta alcanzar la dicha de la felicidad prometida.

(10) Lamech representó la figura de este mundo, cuyo pecado Cristo redimió mediante el derramamiento de su sangre después de setenta y siete generaciones del mundo, tal y como las enumeró el evangelista Lucas.

(11) Henoch, que formó parte de la séptima generación desde Adam y fue transportado, simboliza el séptimo reposo de la resurrección futura, cuando los santos serán transportados a la vida de la perpetua inmortalidad.

(12) Noé, que significa “descanso”, muestra una gran semejanza con el Señor, en cuya Iglesia descansan todos aquellos que son liberados de la muerte de este mundo, como en un arca.

(13) Sem representó la figura de los profetas y los apóstoles, que nacen de su linaje.

(14) Jafet simbolizó al pueblo de los gentiles que entra en las iglesias de los israelitas.

(15) Cam representa a los judíos que se burlan de Cristo encarnado y muerto.

(16) Canaam, hijo de este último, que, por el delito cometido contra su padre, es condenado con una maldición, representa a la posteridad de los judíos, que tomaron sobre sí la sentencia condenatoria con ocasión de la pasión del Señor, cuando los judíos gritaron: *Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos* (Mateo 27, 25).

(17) El gigante Nemrod simbolizó la figura del diablo, que, llevado por un ansia llena de soberbia, anheló la cima de la preeminencia de Dios, diciendo: *Ascenderé por encima de la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo* (Isaías 14, 14).

(18) Heber, en cuya casa se mantuvo la lengua original, cuando las demás lenguas se dividieron, simboliza a nuestro Redentor, en cuya Iglesia persiste la unidad de la fe sin sufrir ningún cisma.

(19) Melquisedech, que de los frutos de la tierra ofreció un sacrificio al Señor, representó tanto el reino de Cristo, que es el verdadero rey provisto de justicia, como el sacerdocio, cuyo sacramento del cuerpo y la sangre, esto es, la ofrenda del pan y del vino, es presentado en todo el disco de las tierras.

(20) Abraham simbolizó la figura de Dios padre, que, por la salvación del mundo, entregó a su hijo amado para que fuese inmolado.

(21) Los tres ángeles que acuden ante él representan a la divina y real Trinidad.

(22) Por otro lado, las dos esposas que tuvo Abraham, esto es, la mujer libre y la esclava, el apóstol afirma que son los dos Testamentos.

(23) Isaac e Ismael simbolizan a los dos pueblos procedentes de los dos Testamentos.

(24) El sirviente de Abraham es el símbolo de la antigua ley, por medio de la cual, de forma profética, la Iglesia fue preparada como esposa para nuestro Señor Jesucristo.

(25) Esaú, velludo y pelirrojo, es el pueblo de los judíos, ensangrentado por su impía persecución contra Cristo y los profetas y espantoso por su costra de pecados como símbolo de su peluda piel.

(26) Jacob, por su parte, representa a Cristo y al pueblo de los gentiles, pues por la bendición de Dios Padre fue puesto al frente del primer pueblo de los judíos.



(27) Labán representó la figura de la ley y el diablo, de cuyo linaje tomó para sí Cristo dos esposas, a saber: el pueblo de la circuncisión y los gentiles.

(28) Lía representó la figura de la Sinagoga, que no pudo contemplar los sacramentos de Dios con los débiles ojos de su corazón.

(29) Raquel, por su parte, de hermosa apariencia, representó la figura de la Iglesia, que alcanza a ver los misterios de Cristo con la mirada de la contemplación.

(30) El varón que se enzarzó en una lucha con Jacob simbolizó el enfrentamiento de Cristo con el pueblo de Israel, pues, del mismo modo que Jacob quedó cojo durante la lucha, así también los judíos quedaron cojos en su fe con ocasión de la pasión del Señor.

(31) Lot representó la figura de los santos, que, al final del tiempo, se verán libres del fuego que abrasará a los impíos.

(32) La esposa de Lot representó la figura de aquellos que, llamados por la gracia de Dios, miran entonces hacia atrás.

(33) En consecuencia, Lot, por su parte, representó la figura de la Ley, de la que engendran obras de infidelidad aquellos que se sirven de ella haciendo uso de una interpretación literal.

(34) Las dos hijas de este último representan a Samaria y Jerusalén, que fornican en la Ley por medio del adulterio de una ilícita doctrina.

(35) Rubén, el primogénito, significa "hijo de la visión" y simbolizó al pueblo que mancilló el receptáculo de Dios Padre, cuando clavó en el patíbulo de la cruz la carne a la que Cristo se había unido.

(36) Simeón representa a los escribas de los judíos, que en su furor mataron a los profetas y en su dolor atravesaron con marcas de clavos a Cristo, un solidísimo muro con el que los creyentes son fortificados merced a su sólida firmeza.

(37) Leví es el origen y el símbolo de los príncipes de los sacerdotes, que crucificaron a Cristo.

(38) Judá simboliza a Cristo, que <descansó> seguro, entregado al sueño de su cuerpo, en la cavidad del sepulcro, como un león, y resucitó al cabo de tres días, venciendo al poder de la muerte.

(39) Isacar simbolizó la figura de la Iglesia, que ofreció su hombro para cargar con el peso de la cruz.

(40) Zabulón representa a esa misma Iglesia, que, viviendo junto al oleaje de la vida en este mundo, soporta todas las tentaciones y las tormentas del siglo.

(41) Neftalí simboliza a todos los santos predicadores, que, como ciervos brincadores, se elevan hacia las alturas y transmiten las palabras de la doctrina a todos los creyentes.

(42) Dan representa al Anticristo, que en el camino de esta vida se esfuerza por atacar las pezuñas del caballo, esto es, los últimos instantes de la vida del siglo, con el mordisco de su malvada predicación a fin de causar la ruina a aquellos que se complacen con los placeres y las riquezas de este mundo.

(43) Gad simboliza a Cristo, que anuncia que en su segunda venida, provisto del poder del Juez, luchará contra el Anticristo.

(44) Aser simboliza también a nuestro Señor Jesucristo, cuyo pan es succulento en la boca de los fieles.

(45) José, que fue vendido por sus hermanos y encumbrado en Egipto, representa a nuestro Redentor, entregado por el pueblo de los judíos en manos de sus perseguidores y exaltado ahora entre las gentes.

(46) Benjamín simbolizó la figura del apóstol Pablo, pues éste fue el último y el más insignificante de todos en la elección de los apóstoles y desciende de la tribu de aquél. Éste es un lobo rapaz; por la mañana, un perseguidor implacable, mas, por la tarde, un doctor que conforta.

(47) Manasés simbolizó la figura del primer pueblo.

(48) Y Efraín, la de los gentiles, quien por la bendición de un patriarca fue puesto al frente de un pueblo más grande de judíos.

(49) Tamar representa la imagen de la Iglesia, que, por medio del anillo de la fe y el leño de la cruz, mereció de Cristo una concepción de santa fertilidad.

(50) Los dos gemelos en el útero de Tamar simbolizaron a los dos pueblos. De éstos el que nació más tarde fue quien asomó primero su mano desde el útero, pues el pueblo de los gentiles, cierta-

mente, primero fue anunciado por los profetas y después fue revelado. Y por esta razón ató la comadrona a su diestra una cinta roja, porque ese mismo pueblo recibió como marca distintiva la señal de la cruz debido a la sangre de Cristo.

(51) Dina, la hija de Jacob, representa a la Sinagoga y al alma. Siquén, un príncipe de la Tierra, comete violencia sobre ella tras encontrarla entregada a las preocupaciones mundanas del siglo, esto es, el diablo la corrompe con el vicio de la concupiscencia de la carne.

(52) Bala, la concubina de Jacob, a la que Rubén mancilló con un delito de incesto, simboliza la Ley del Antiguo Testamento, que el pueblo de Israel transgredió prevaricando.

(53) Job en sus acciones y en sus palabras representa a la persona del Redentor.

(54) La esposa de este último, que lo incita a maldecir, simboliza la depravación de las personas dominadas por los deseos carnales.

(55) Los tres amigos de Job simbolizaron la figura de los herejes, quienes con el pretexto de consolar ponen su empeño en seducir.

(56) Elihú representa al doctor soberbio y arrogante que dentro de la santa Iglesia lanza sus increpaciones contra los fieles con una especial dureza.

(57) El faraón simboliza la figura del diablo, que durante la cautividad de esta vida trata de causar la ruina del pueblo del Dios y de oprimirlo con actos terrenales cargados de vicios.

(58) La hija del faraón que, cuando Moisés fue abandonado, lo recogió junto a la orilla del río, es la Iglesia de los gentiles, que encuentra a Cristo junto al río del bautismo salvífico.

(59) Moisés simbolizó la figura de Cristo, que liberó al pueblo de Dios del yugo de la servidumbre del Diablo y condenó al propio Diablo con una pena eterna.

(60) El sacerdote Aarón, que purificaba a su pueblo con la sangre de las víctimas, representa a Cristo, que con el sacrificio de su sangre hizo desaparecer los pecados del mundo.

(61) María, la hermana de Moisés, fue figura de la Sinagoga, que se ha convertido en una leprosa por su maledicencia y sus acusaciones contra Cristo.

(62) La esposa etíope de Moisés simbolizó a la Iglesia de los gentiles desposada con Cristo, debido a la cual, por su envidia hacia ella, la Sinagoga, al murmurar contra Cristo, se ve cubierta de inmediato por la mancha de la lepra.

(63) Amalec representa la figura del Diablo, que, al salir al encuentro del pueblo de Dios, es vencido gracias a la señal de la cruz.

(64) También Seón, el rey de los amorreos, que se traduce en latín por "tentación de los ojos", simboliza a ese mismo Diablo que con el falaz propósito de engañar se transfigura en un ángel de luz. El Diablo es también Og, el rey de Basán, que significa "cerco", pues trama bloquear con los obstáculos de los vicios el camino de nuestra fe de manera que no encontremos expedito el recorrido que conduce al reino prometido de la vida eterna.

(65) Los setenta y dos varones de edad avanzada sobre los que cayó el Espíritu de Dios representan las setenta y dos lenguas de los pueblos repartidas por este mundo, gracias a las cuales muchos creyentes recibieron la gracia del Espíritu Santo.

(66) Datán, Abirón y los restantes que, apartándose de Moisés y Aarón, trataron de usurpar el derecho a realizar sacrificios representan la depravación de los herejes y la maldad de aquellos que se separan de los sacerdotes de Cristo y de la sociedad de la Iglesia y ofrecen sacrificios impíos.

(67) Balaam, que, al caer, abrió los ojos, simbolizó la figura de aquellos que gracias a su fe llegan a conocer a Dios, pero, cegados por sus malas obras, se desploman.

(68) Finees, que mató por igual a Zambri y a una prostituta que mantenían relaciones ilícitas, simbolizó la figura de los santos doctores que con el puñal espiritual hieren a los judíos y a los herejes que corren al abrazo de una falsa doctrina.

(69) Aquel que es condenado a ser lapidado porque recogía leña durante el sábado representa a aquel a quien Cristo encontrará cargado de pecados en el día del Juicio.

(70) Los doce exploradores representaron la figura de los escribas y los fariseos, que corrompieron al pueblo de Israel para que

no confiase en poder alcanzar la gracia de la promesa de Dios por medio de Cristo.

(71) Los dos portadores que desde la tierra prometida llevaron un racimo de uvas sobre sus hombros en un madero simbolizaron el significado de los dos pueblos, de los que el primero, el pueblo judío, caminando con la cara vuelta hacia el otro lado, da la espalda a Cristo, y el segundo, el pueblo cristiano, mira a aquel a quien lleva consigo y sigue a Cristo.

(72) Josué, hijo de Nave, simbolizó la figura del Salvador, que nos ha conducido a la tierra prometida y nos ha acomodado en el reino de la gloria celestial.

(73) La meretriz Raab representó la figura de la Iglesia, que es salvada de la destrucción del mundo por medio de una cinta escarlata, esto es, por medio de la señal de la pasión del Señor.

(74) Los dos exploradores enviados por Josué a Jericó, a los que acogió Raab, se entiende que son los dos Testamentos enviados al mundo que recibió la Iglesia formada entre los gentiles.

(75) Acham, que ambicionó una parte de lo consagrado al exterminio en Jericó, simboliza al malvado y al pecador que, tras aceptar la fe, se entrega a las prácticas del siglo y a los placeres del mundo.

(76) Gedeón, que se dirigió al combate al frente de trescientos varones, representó la figura de Cristo, que con la señal de la cruz obtuvo la victoria sobre el mundo. En efecto, el número trescientos está contenido en la letra tau, por medio de la cual se representa la forma de la cruz.

(77) Sisara fue el símbolo del Diablo, mientras que Jahel, que atravesó las sienes de aquél con un clavo y un martillo, representó la figura de la Iglesia, que por medio del estandarte de la cruz puso fin al imperio del Diablo.

(78) Y Débora, que representa la figura de esa misma Iglesia, una vez vencido el Diablo en la persona de Sisara, canta proclamando la gloria celestial.

(79) Jepté, que inmoló a su hija como ofrenda por la victoria obtenida, representaba la figura del Redentor, que, tras triunfar sobre el mundo, ofreció su propia carne para el sacrificio.

(80) Samsón simbolizó la muerte y la victoria de nuestro Salvador, ya sea porque arrebató a muchas gentes de las fauces del Diablo, como el panal de miel de la boca del león que encontró, ya sea porque se ganó a muchas gentes después de morir y con su muerte acabó con muchos más de los que había matado en vida.

(81) Dalila, que cortó el pelo de la cabeza de Sansón, representa a la Sinagoga, que crucificó a Cristo en el lugar del Calvario.

(82) La extranjera Ruth, que desposó a un varón israelita, simbolizó la Iglesia de los gentiles que acudió al encuentro de Cristo.

(83) Booz, por su parte, representó a Cristo, el verdadero esposo de la Iglesia.

(84) Ana, que fue estéril y después fue convertida en una mujer fértil, simboliza la Iglesia de Cristo, que en el pasado era estéril entre los gentiles y ahora está muy extendida por toda la Tierra merced a una prole de gran fertilidad.

(85) El reprobado sacerdote Helí representó el rechazo del sacerdocio del Antiguo Testamento.

(86) Samuel, por su parte, que sucedió al reprobado Helí en el ministerio sacerdotal, anunció la sucesión del nuevo sacerdocio, una vez rechazado el antiguo sacerdocio.

(87) Los dos hijos sacerdotes de Helí, que, cuando el arca cayó en manos de los gentiles, fueron asesinados, son el símbolo de que la posteridad del antiguo sacerdocio se ha extinguido y la alianza de la Ley ha pasado al culto de los gentiles.

(88) Saúl representa la promesa hecha al reino de Judá, así como la reprobación de ese reino, y también la envidia que dominó a ese mismo pueblo, que, por un injusto odio lleno de celos, intentó matar a David, esto es, a Cristo.

(89) David representó la figura del Hijo de Dios y nuestro Salvador, ya sea porque padeció una injusta persecución, víctima del hostigamiento de los judíos, ya sea porque Cristo asumió la carne naciendo del linaje de aquél.

(90) Urías el hitita fue símbolo del Diablo, con quien la Iglesia se había unido en matrimonio hasta que Cristo la deseó, cuando ésta se lavaba, limpiándose la suciedad del siglo, y se purificaba con el agua del bautismo.

(91) Salomón anuncia la figura de Cristo, que edificó una casa en honor de Dios en la Jerusalén celestial no con leños y piedras, sino con todos los santos.

(92) La reina del austro que acudió a conocer la sabiduría de Salomón se entiende que es como la Iglesia, que se reúne desde los últimos confines de la Tierra para escuchar la palabra de Dios.

(93) Roboam, el hijo de Salomón, y Jeroboam, su siervo, entre quienes Israel se dividió en dos bandos, representan la división que se produjo con la llegada del Señor, con motivo de la cual una parte de los creyentes entre los judíos reina con Cristo, que nació del linaje de David, mientras que otra parte siguió al Anticristo y, como consecuencia de ese culto, fueron oprimidos por el pecado de su abominable servidumbre.

(94) Goliat representa al Diablo, cuya altiva arrogancia fue abatida por la humildad de Cristo.

(95) Elías simboliza a Cristo, pues, del mismo modo que aquél fue arrebatado hacia las alturas en un carro de fuego, así también Cristo fue conducido hasta el cielo con la asistencia de los ángeles.

(96) La viuda a la que es enviado Elías para ser alimentado es la Iglesia, ante la que leemos que Cristo acudió por su fe y cuya harina y aceite son bendecidos y no menguan, esto es, la gracia del cuerpo de Cristo y la unción del crisma, que se reparten a diario a todo el mundo y nunca disminuyen.

(97) Eliseo representó también al Redentor, nuestro Señor, que, descendiendo desde la cima del monte, esto es, desde la altura de los cielos, se humilló a sí mismo renunciando a su forma de Dios y adoptando la forma de un hombre, puso sus miembros sobre los miembros muertos y curó nuestra condición de mortales con la medicina de su cuerpo.

(98) Los niños que, insultando a Eliseo, gritaban: *Sube, calvo, sube, calvo* (IV Reyes 2, 23), y, atacados por un oso, murieron, representan al pueblo de los judíos, que con una necedad propia de niños se burlaron de Cristo crucificado en el lugar del Calvario y, apresados por dos osos, esto es, Tito y Vespasiano, perecieron.

(99) El siervo de Eliseo enviado con el bastón de éste a resucitar al hijo de una mujer representó la figura de la antigua Ley, que,

transmitida al género humano, en nada sirvió a éste salvo en que mostró con su vara el rigor de su severidad.

(100) El hijo muerto de la sunamita representa la figura del género humano, al que Cristo, abriendo la boca siete veces, insufla espiritualmente el Espíritu de la gracia septiforme a fin de que, por medio de él, reviva de la muerte del pecado.

(101) Los siete mil varones de quienes se dijo a Elías que no doblaron sus rodillas ante Baal simbolizan el número de los santos que, llenos del Espíritu de la gracia septiforme, renunciaron al Diablo.

(102) El sirio Naamán representa al pueblo de los gentiles, cubierto por las manchas de los pecados y purificado por Cristo merced al sacramento del bautismo.

(103) El rey Ozías, que por culpa de sus crímenes se contagia de lepra en su frente, simboliza al pueblo de los judíos, que muestran el deshonor y la maldad de su perfidia en la frente, donde habrían debido llevar la señal de la cruz.

(104) El rey Ezequías, a quien se conceden quince años más de vida por sus buenas obras, representa a todos los santos, a quienes se entregaron los cinco libros de la Ley junto con los diez preceptos del Decálogo a fin de que alcanzasen la vida eterna y de que, cumpliendo la Ley y los Mandamientos, mereciesen gozar de la plenitud del reino de los cielos.

(105) El rey Josías, que celebró la pascua y arrojó a numerosos ídolos fuera del templo del Señor, simboliza a Cristo, que sufrió la pasión por nosotros y que, tras expulsar de los templos de nuestro cuerpo todo tipo de abominaciones de los paganos, los destruyó, consumidos por el fuego de su poder, y los arrojó al torrente de esta vida.

(106) Sedecías, a quien el rey de Babilonia arrancó los ojos en Ribla, simboliza a los ricos y los pecadores de este mundo. En efecto, Ribla se traduce en latín por “estas numerosas cosas” y, por ello, aquél simboliza a quienes se ven envueltos en los numerosos afares y pasiones de este mundo y, cautivos así por el Diablo, pierden los ojos de la inteligencia.

(107) Isaías representó la figura de los evangelistas y los apóstoles, pues predicó todas las enseñanzas de Cristo no como algo futuro, sino como algo ya existente.



(108) Jeremías, por su parte, con sus palabras y sus padecimientos simbolizó la muerte y la pasión de nuestro Señor y Salvador.

(109) Ezequiel representó la figura de Cristo, que, situado en la peregrinación de este mundo, exhorta al pueblo con preceptos salvíficos.

(110) Daniel, que llevó una vida célibe, con su continencia se mostró semejante a aquellos que viven en un ocio santo y desprecian las riquezas terrenales.

(111) Oseas representa la figura de Cristo, que acogió en su cuerpo a la Iglesia procedente de la fornicación de los gentiles.

(112) Joel, que significa “el que comienza”, representa de manera simbólica a aquellos que comienzan a conocer la puerta de entrada a la fe y el misterio de la sabiduría divina.

(113) Amós, pastor y hombre de campo, es el símbolo de Cristo, que, tras abandonar su oficio de pastor de ganado, esto es, la gobernación de los hebreos, ahora apacienta otros rebaños entre los gentiles.

(114) Abdías, que dio de comer a cien profetas en Samaria, simboliza a todos los predicadores de la fe que con los alimentos de las Sagradas Escrituras confortan en este mundo a todos los creyentes.

(115) Jonás simbolizó la muerte de Cristo, que durante tres días con sus noches reposó en el corazón de la tierra, como si lo hubiese hecho en el vientre de una ballena.

(116) Habacuc, valeroso luchador, es el pueblo fiel, que, situado en las alturas, contempla al Señor en la cruz, diciendo: *Rayos de luz en sus manos, en ellos se asienta el poder de su gloria* (Habacuc 3, 4).

(117) Sofonías, que significa “el observador” y “el secreto del Señor”, representa a aquellos que a través del arcano de la contemplación alcanzan la perfección de los méritos.

(118) Ageo y Zacarías simbolizaron la figura de los santos, que en la vida de esta peregrinación anuncian el tiempo futuro de la liberación.

(119) Malaquías, que significa “el ángel del Señor”, representó a nuestro Salvador, que recibe el apelativo de “ángel de gran prudencia”.

(120) El sumo sacerdote Jesús simbolizaba la figura de Cristo, gracias al cual tenemos abierta la entrada a la Jerusalén celestial después de la peregrinación por este mundo.

(121) El sacerdote Zorobabel es el símbolo de nuestro Señor y Salvador, que liberó a su pueblo de la cautividad y con piedras vivas mandó edificar un templo en honor del Señor.

(122) Judith y Esther representan la figura de la Iglesia, castigan a los enemigos de la fe y salvan de la muerte al pueblo de Dios.

(123) Tobías fue el símbolo de la antigua Ley, cuyos ojos dejan ciegos las golondrinas judías, pues los dejan ciegos quienes comprenden mal los misterios de la luz.

(124) Tobías, el hijo del anterior, simbolizó la figura de nuestro Señor Jesucristo, que con el resplandor de su poder ilumina la Ley, oculta, por así decirlo, y velada por la niebla de su simbolismo.

(125) Los tres jóvenes fueron el símbolo de los santos que, arriesgando sus vidas, se enfrentaron a la persecución en el nombre de Cristo.

(126) Susana representa la figura de la Iglesia, a la que los falsos testigos judíos acusan de cometer adulterio contra la Ley.

(127) El rey Nabucodonosor fue el símbolo del Diablo, que al pueblo de los herejes, vencido y sometido al cautiverio del pecado, lo condujo desde Jerusalén, esto es, desde la Iglesia, a Babilonia, esto es, a la confusión de la ignorancia.

(128) El jefe de los cocineros que echó abajo las murallas de Jerusalén simboliza que todos aquellos que son esclavos de los deseos del estómago destruyen las virtudes del alma.

(129) Los siete Macabeos, que, tras padecer terribles tormentos en tiempos de Antíoco, fueron coronados con la más alta gloria, representan la Iglesia septiforme, que sufrió la muerte de numerosos mártires a manos de los enemigos de Cristo y recibió la corona de la gloria celestial.

Del Nuevo Testamento.

(130) Los cuatro evangelistas representan figuradamente a Jesucristo bajo los rostros de cuatro animales.

(131) En efecto, Mateo, al anunciar que ese mismo Redentor nuestro nació y padeció la pasión, se presenta semejante a un hombre.

(132) Marcos, que comienza desde el desierto, adopta la forma de un león y proclama el reino y el poder invencibles de Cristo.

(133) Y Lucas por medio del rostro simbólico de un ternero predica que Cristo se inmoló por nosotros.

(134) Juan, por su parte, por medio de la figura del águila da a conocer que nuestro Señor tras la resurrección de la carne voló al cielo.

(135) Pedro es el símbolo de la Iglesia, que tiene el poder de perdonar los pecados y de conducir a los hombres desde los infiernos al reino de los cielos.

(136) Del mismo modo, todos los apóstoles son el símbolo de la Iglesia entera, ya que también ellos recibieron un poder semejante para perdonar los pecados, al tiempo que representan, además, la figura de los patriarcas, pues, por medio de la palabra de la predicación, engendraron espiritualmente pueblos para Dios por todo el orbe de las tierras.

(137) Los setenta y dos discípulos simbolizan la luz que iluminó a todo el orbe gracias al Evangelio de la Trinidad. En efecto, el mundo completa su recorrido en veinticuatro horas, número que, triplicado por la cifra de esa misma Trinidad, se convierte en setenta y dos. Y por este motivo son enviados en parejas: porque predicán el amor a Dios y al prójimo y los dos Testamentos de los misterios.

(138) José representó simbólicamente la figura de Cristo, que fue enviado a proteger a la santa Iglesia, que no tiene mancha ni arruga alguna.

(139) María, por su parte, representa a la Iglesia, que, tras desposarse con Cristo, nos engendró virgen, encinta del Espíritu Santo, y nos parió virgen también.

(140) El sacerdote Zacarías, que, por orden del ángel, quedó mudo, mostró el silencio de la Ley y los profetas ante la llegada de Cristo.

(141) Juan representó la figura de la Ley, pues anunció a Cristo y predicó el perdón de los pecados por medio de la gracia del bautismo.

(142) Los magos simbolizaron a los pueblos de los gentiles, llamados a conocer la luz de la fe, y revelaron con sus presentes, cargados de simbolismo, quién era Cristo: por medio del incienso, que era Dios; por medio de la mirra, que, en su calidad de hombre, sufriría la pasión y sería sepultado; y por medio del oro, que era el rey de todos los siglos.

(143) Herodes, que llevó la muerte sobre los niños, representó la figura del Diablo y de aquellas gentes que, deseando suprimir del mundo el nombre de Cristo, se aplicaron con crueldad en ejecutar a los mártires.

(144) Los mudos simbolizan en el Evangelio a aquellos que no confiesan la fe de Cristo.

(145) Los ciegos representan a aquellos que no comprenden en absoluto la fe en la que creen.

(146) Los sordos son trasunto de aquellos que no muestran obediencia a los preceptos evangélicos.

(147) Los cojos representan a aquellos que desprecian cumplir los preceptos salvíficos.

(148) El hombre prudente *que edificó su casa sobre piedra* (Mateo 7, 24) simboliza al doctor fiel, que pone los cimientos de su doctrina y de su vida en Cristo.

(149) Por su parte, aquel *que edificó su casa sobre arena* (Mateo 7, 26) designa al hereje, que edifica una doctrina falsa para causar una gran ruina.

(150) El leproso al que sanó Cristo tras descender de la montaña por primera vez representa al género humano cubierto por el contagio del pecado.

(151) A éste <sup>14</sup> el Redentor, cuando descendió de las alturas de los cielos como de una montaña, lo liberó de los diversos cultos de los demonios y lo reunió *en la unidad de la fe* (Efesios 4, 13).

(152) El centurión simboliza la fe de los gentiles, que, al solicitar la salud de su hijo, enfermo de muerte, dijo con humildad: *Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo* (Mateo 8, 8), pues he perseguido a tu Iglesia.

14 Se refiere el autor al género humano.

(153) Por su parte, el siervo del centurión y la hija de la mujer cananea a los que Cristo salva sin acudir a su lado representan a aquellos pueblos a los que el Señor no visitó en persona, con su cuerpo, mas salvó por la fe que tuvieron en su palabra.

(154) La mujer cananea es símbolo de la Iglesia de los gentiles, que, semejante a un perro, solicitaba las migajas de la mesa de sus amos, esto es, saciarse de las doctrinas de los apóstoles y los profetas.

(155) La suegra de Pedro enferma de fiebre representa a la Sinagoga, consumida por el fuego de los deseos carnales. Y su hija es aquella parte de los creyentes que es confiada a Pedro para ser regida por él.

(156) El escriba rechazado, que deseaba seguir al Señor por un afán de enriquecimiento, representa a aquellos que buscan la fe de Cristo no por el Señor, sino por las ganancias terrenales.

(157) El endemoniado a quien el Señor sanó en la región de los gerasenos, liberándolo de una turba de demonios, representa al pueblo de los gentiles entregado a los cultos de numerosos demonios.

(158) Los pastores de cerdos que huyen y anuncian en la ciudad lo que ha ocurrido representan a los príncipes de los impíos, que, mientras rehúyen la fe de Cristo, con todo, admiran estupefactos sus prodigios y los dan a conocer.

(159) El paralítico que yace en el lecho es el alma consumida por los vicios dentro de su cuerpo y que, tras ser sanada por la gracia de Cristo merced al perdón de sus pecados, de inmediato, una vez recuperado su antiguo vigor, se levanta y lleva a la casa de las virtudes el lecho de la carne en el que hasta entonces yacía debilitada con objeto de refugiarse en la intimidad de su conciencia y no entregarse más de forma disoluta a los placeres superficiales.

(160) La hija del jefe de la sinagoga a la que el Señor se dirigía a curar, cuando, antes de que hubiese llegado junto a ella, lo tocó por la espalda una mujer que sufría de flujos de sangre, simboliza la figura de la Iglesia procedente de los gentiles, que, cuando creyó después de la predicación, la pasión y la ascensión de Cristo, tocó al Señor por la espalda, por así decirlo, y mereció recibir la salvación antes que la Sinagoga.

(161) Los dos ciegos sentados junto al camino representan a los pueblos de los judíos y los gentiles acercándose, llevados por la fe, a Cristo, que dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Juan 14, 6).

(162) El endemoniado, ciego y mudo del que se escribe que fue sanado por nuestro Salvador representa a aquellos que se convierten a la fe del Señor desde la idolatría de los gentiles, cuya lengua, una vez expulsado de su corazón el culto de los demonios, tan pronto como distinguen la luz de la fe, se suelta al instante para ensalzar a Dios y que proclamen a Aquel a quien antes negaron.

(163) El *hombre con una mano seca* (Mateo 12, 10) simboliza a la Sinagoga y al alma carente de obras de misericordia, a la que, cuando se le dice: *Extiende tu mano* (Mateo 12, 13), se exhorta a ofrecer siempre una limosna a los pobres.

(164) El hombre del que, después de salir de él, se apodera de nuevo un espíritu inmundo simboliza al pueblo de los judíos y al hombre arrepentido, pero de cuya voluntad, por su posterior negligencia, se apodera aún con más violencia el placer de la carne, uniéndose a éste los otros siete espíritus de los vicios, esto es: la iracundia, la avaricia, la envidia, la glotonería del vientre, la vanagloria, la fornicación y la soberbia.

(165) El padre de familia que saca *de entre sus riquezas lo nuevo y lo antiguo* (Mateo 13, 52) es Cristo sacando de su profunda sabiduría los dos Testamentos, esto es, el Antiguo, en el que se promete la felicidad terrenal, y el Nuevo, por el que se pone la esperanza en el reino de los cielos.

(166) El hombre que sembró en su campo un grano de mostaza es Cristo, que sembró la fe en el mundo, en el que descansan las aves del cielo, esto es, las almas espirituales.

(167) La mujer que introduce fermento en tres medidas de harina simboliza la sabiduría de la doctrina espiritual, que hierve en el amor por la Trinidad.

(168) El hombre que encuentra en el campo un tesoro escondido es aquel que en este mundo, tras vender todo lo suyo, adquiere a Cristo y la vida eterna.

(169) Los cinco mil varones que fueron alimentados con cinco panes y dos peces son los pueblos de la Iglesia, que son confortados por Cristo en los cinco sentidos del cuerpo con el alimento de la ley

espiritual y saciados con los dos Testamentos como con un par de peces.

(170) Por su parte, los cuatro mil varones que son alimentados con otros siete panes son esa misma Iglesia de los gentiles que se extiende por las cuatro partes del mundo y se sacia con los frutos abundantes de la gracia septiforme.

(171) Aquel que continuamente caía ora en el fuego, ora en el agua, representa al mundo. El fuego, por su parte, simboliza la codicia abrasadora y el agua, la lujuria de la carne, en las que siempre se precipita, cayendo a diario, el que es dominado por ellas.

(172) Moisés y Elías, que se mostraron en compañía del Señor en la montaña, son símbolos de la Ley y la profecía, por cuyas voces son anunciadas la pasión, la resurrección y la gloria del Señor.

(173) El hombre dueño de cien ovejas que, dejando a las demás, busca a la oveja perdida y, tras encontrarla, la lleva de regreso sobre sus hombros, representó la figura de Cristo, que, dejando a los millares de ángeles en el cielo, buscando, como *un buen pastor* (Juan 10, 11), a la oveja que se había perdido en la persona de Adam, la encontró en los gentiles y la llevó consigo al paraíso sobre los hombros de su cruz.

(174) La mujer que encontró el dracma que había perdido es la Iglesia, que, cuando por medio de la penitencia encuentra el alma perdida que había caído en los lazos del Diablo, provoca la alegría de los ángeles y los hombres.

(175) El que debía diez mil talentos simboliza a los hombres que están en deuda con Dios por transgredir los Diez Mandamientos, pero, del mismo modo que el Señor, si se lo solicitamos, nos libera de las cadenas del pecado, así también cada uno de nosotros debemos perdonar lo que se nos adeuda siguiendo el ejemplo del Señor, no sea que, al no perdonar las insignificantes deudas de aquellos que pecan contra nosotros, nos veamos obligados a pagar unas deudas mayores junto con los intereses de las penas correspondientes.

(176) El rico que es comparado con un camello representa a la figura de los judíos, que se ufanan del poder de la Ley, aunque, debido a todo lo terrenal a lo que rinden culto, no poseen el reino de los cielos, en el que entra más fácilmente *a través del ojo de una aguja*

(Mateo 19, 24), como a través de las estrecheces de la pasión, los dolores y las penalidades, el pueblo de los gentiles, pese a verse obstaculizado por sus crímenes y estar cargado con sacos de pecados.

(177) El padre de familia que contrata a unos jornaleros para que trabajen su viñedo y les promete un denario es Cristo, que llama a todos al cultivo de la fe, prometiéndoles el premio de la más completa felicidad.

(178) Los jornaleros contratados en la primera hora del día son aquellos que se entregaron al culto de la fe desde el comienzo de la infancia.

(179) Los contratados en la hora tercera del día son aquellos que accedieron a la fe desde su adolescencia.

(180) Quienes fueron contratados en la hora sexta del día son aquellos que creyeron en la época de su juventud.

(181) Por su parte, quienes se incorporaron en la novena hora del día son aquellos que, cuando pasaban ya de la juventud a la vejez, alcanzaron la gracia.

(182) En fin, quienes llegaron en la última hora del día son aquellos que, ya de edad proveya y llamados en los últimos tiempos de su vida, acudieron junto a Cristo. Con todo, éstos reciben como pago la misma dicha que los anteriores, pues Cristo actúa con justicia en el caso de aquellos que trabajaron desde la primera hora de su nacimiento y muestra su misericordia con aquellos que se esforzaron durante una sola hora de su vida.

(183) Los dos hijos enviados a trabajar en la viña son el símbolo de los dos pueblos. En efecto, el enviado en primer lugar es identificado con el pueblo de los gentiles por la inteligencia de su naturaleza a la hora de entregarse a la obra de Dios. Éste, al principio, sin embargo, se mostró contumaz y se negó a ir, pero, al llegar el Señor, obtiene el perdón por su precedente contumacia merced a la obediencia subsiguiente. Por su parte, el enviado en segundo lugar, que es el de los judíos, gracias a su conocimiento de la Ley, respondió: *Haremos todo cuanto nos diga el Señor* (Éxodo 24, 7), y, sin embargo, es condenado, porque no sólo prevaricó contra el precepto de la Ley, sino que, además, llevó sus manos parricidas contra el Señor, el dueño de la viña.

(184) El hombre que plantó una viña es Dios, que fundó Jerusalén, en la que edificó una torre y construyó un lagar, esto es, un



templo y un altar, y los rodeó con una cerca, es decir, los protegió con la defensa de los ángeles.

(185) Por su parte, los colonos a los que arrienda la viña es el pueblo de Israel, que poseyó Jerusalén bajo la condición de entregarse al culto de Dios.

(186) Por otro lado, se entiende que los sirvientes que fueron asesinados por los colonos en la época de la cosecha son los profetas, cuya sangre fue derramada por los judíos, cuando solicitaban a éstos los frutos de la justicia y de la Ley.

(187) Por su parte, el hijo enviado en último lugar, al que los colonos *expulsaron fuera de la viña y mataron* (Lucas 20, 15), es Cristo, a quien los judíos crucificaron tras sacarlo fuera de las puertas de Jerusalén.

(188) Los colonos a los que castiga el dueño de la viña son interpretados también como el pueblo de los judíos, que en otro tiempo, según parece, fue dispersado y asesinado, mientras que los agricultores a los que se ordena que se entregue la viña representan a los apóstoles y a los sucesores de los apóstoles.

(189) El rey *que organizó una boda en honor de su hijo* (Mateo 22, 2) se entiende que es Dios Padre, que de la Virgen entregó a Cristo una carne virginal. Mientras que los sirvientes que fueron enviados a llamar a los invitados son los apóstoles y los profetas, que llamaron a los judíos por medio de la Ley y el Evangelio, pero éstos, por estar entregados, en parte, a los placeres terrenales y oprimidos, en parte, por el peso de la carne y de la Ley, despreciaron la buena nueva de la venida del Señor, por lo que se hicieron indignos de la vida eterna, mientras que es evidente que los gentiles la han alcanzado.

(190) El rey encolerizado que envió a sus ejércitos, castigó a los asesinos e incendió su ciudad es Dios Padre, que suscitó a Vespasiano, el César de los romanos, que diezmó al pueblo con la espada y destruyó hasta sus cimientos la ciudad de Jerusalén junto con todo lo que en ella había a fin de que no pudiese volver a luchar en el futuro.

(191) Por su parte, el hombre que, reclinado junto a la mesa nupcial *sin vestir la ropa apropiada para una boda* (Mateo 22, 11), cuando el rey le dirigió la palabra, *guardó silencio* (Mateo 22, 12) y a propósito del cual aquél ordena a sus sirvientes que, expulsado de allí,

sea arrojado a *las tinieblas exteriores* (Mateo 22, 13), es aquel que, ciertamente, descansa en la fe junto con los demás, pero en relación con el cual, en caso de que en el día del Juicio se encuentre que lleva sucio el ropaje de la carne, se ordenará de inmediato que sea apresado por los ángeles y lanzado dentro de la gehena del fuego eterno.

(192) Los dos deudores, de los que uno debía a un prestamista quinientos denarios y el otro, cincuenta, representan a los dos pueblos, esto es, al de los judíos y al de los gentiles. De éstos, el que debía cincuenta denarios fue trasunto de los judíos, mientras que aquel que debía quinientos simbolizó la figura del pueblo de los gentiles, que, siendo deudor siempre desde el comienzo del mundo, no pagó el recibo del pecado por medio de la penitencia, pero con la venida de Cristo finalmente creyó y recibió abundantes frutos de misericordia, por lo que, puesto que fue objeto de un mayor favor por parte de Cristo, ama más a Cristo, tal y como está escrito: *A quien más se perdona, más ama* (Lucas 7, 47).

(193) Los siete hermanos que se casaron sucesivamente con una misma mujer y murieron sin hijos se entiende que son los hombres incrédulos, que durante las siete edades del mundo consumieron toda su vida en esta Tierra sin frutos de justicia.

(194) Los *dos tumbados en un lecho* (Lucas 17, 34) representan a aquellos que, alejados de las muchedumbres, parecen descansar entregados a una especie de ocio de la vida.

(195) Las *dos que muelen* (Lucas 17, 35) se entiende que son aquellos que viven rodeados de las preocupaciones de los asuntos del siglo.

(196) Los *dos en el campo* (Lucas 17, 35) son aquellos que trabajan al servicio de la Iglesia, como si lo hiciesen en el campo de su señor. De ellos, al llegar la noche, esto es, las adversidades del siglo, unos permanecen en la fe y son llevados a la vida eterna, pero otros se apartan de ella y son abandonados al castigo.

(197) Las cinco vírgenes sabias se entiende que son todas las almas santas, que, como no admiten ninguna corrupción en su corazón a través de los cinco sentidos del cuerpo, por esa misma razón son simbolizadas en el número cinco.

(198) Por su parte, las cinco vírgenes necias que no tienen aceite en sus vasijas son aquellas almas que mantienen, ciertamente, la

pureza de sus cuerpos, pero no guardan en el interior de su conciencia el testimonio de sus buenas obras, pues presumen exteriormente ante los hombres y no en su corazón ante Dios, y por esa razón, porque no llevan en las vasijas de sus pechos el resplandor de su espíritu, al llegar el Señor, son apartadas de la dicha de su reino.

(199) El hombre que, al partir al extranjero, confió sus bienes a sus sirvientes es Cristo, que, al regresar a los cielos tras su resurrección, confió la gracia evangélica a los negociadores evangélicos para que la acrecentasen. El primer sirviente, en los cinco talentos que le fueron entregados, recibió los cinco libros de la Ley, que aumentó con la enseñanza y el cumplimiento de los Diez Mandamientos.

(200) El segundo en los dos talentos obtuvo los dos Testamentos y los duplicó en sentido moral y místico, gastándolos piadosamente.

(201) El tercero bajo el símbolo de un talento ocultó en los placeres terrenales el don de la gracia que había recibido y por esa razón fue arrojado al infierno, pues con ese talento no obtuvo ningún beneficio.

(202) Otros han interpretado en la figura del primer sirviente los sentidos del corazón y del cuerpo que hemos recibido; en la figura del segundo, la inteligencia y el trabajo; y en la figura del tercero, la razón.

(203) El joven hijo de la viuda al que el Señor resucitó fuera de las puertas de la ciudad después de muerto representa a aquel que reconoce abiertamente un pecado mortal, cualquiera que sea, pero resurge en alguna ocasión de la muerte del pecado, al oír la palabra de Dios, comienza a vivir gracias a la penitencia de Cristo y es devuelto a su madre viuda, esto es, a la Iglesia.

(204) El hombre que *descendía desde Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones* (Lucas 10, 30) simboliza al propio Adam en su linaje, que, tras descender desde el paraíso celestial al mundo, cayó en manos de los ángeles de las tinieblas.

(205) El samaritano que pasaba por allí y curó las heridas de aquél es Cristo, nuestro protector, que descendió desde el cielo y curó al género humano de las heridas de sus pecados.

(206) El mesonero representa a los apóstoles y a los sucesores de éstos, que dan vigor a nuestra debilidad con la predicación evangélica.

(207) Marta, que *acogió* a Cristo *en su casa* (Lucas 10, 38) y lo atendía, simboliza a la Iglesia, que acoge en esta vida a Cristo en su corazón y lo atiende con obras de justicia.

(208) María, la hermana de aquélla, que estaba sentada a los pies de Cristo y escuchaba sus palabras, representa a esa misma Iglesia, que en la vida futura descansará de todo quehacer y reposará entregada a la sola contemplación de la sabiduría de Cristo.

(209) El hombre que en mitad de la noche suplicaba tres panes a un amigo es el símbolo de todo aquel que en medio de la tribulación suplica al Señor que le conceda el conocimiento de la Trinidad.

(210) El rico cuyo campo dio abundantes frutos representa al hombre entregado a los placeres de la carne y pródigo en pecados, a quien, como deseaba pecar aún en mayor medida y sin moderación, censura el Señor, diciéndole: *Necio, esta noche se llevan tu alma. ¿Todo cuanto has acumulado, de quién será?* (Lucas 12, 20).

(211) Aquellos cinco en una sola casa, esto es: el padre, la madre, el hijo, la hija y la nuera, dos de los cuales están enfrentados a los otros tres y los otros tres a los otros dos, representan al género humano dividido entre sí por la fe y la religión, en parte, por la división del cisma, lo que simbolizan aquellos dos, y, en parte, por el número de la Trinidad, lo que representan los otros tres. En efecto, el hijo está enfrentado con su padre, esto es, el pueblo procedente de los gentiles con el Diablo, al que antes había estado unido. La hija está enfrentada también con su madre, esto es, la parte creyente de los judíos con la impía Sinagoga. Y también la nuera está enfrentada con su suegra, a saber, la Iglesia procedente de los gentiles con la madre de su esposo, la Sinagoga, de la que Cristo fue engendrado según la carne. Estas personas están separadas entre sí, unas ansiosas de la gloria terrenal, las otras, de la celestial.

(212) Los dieciocho galileos *sobre los que cayó una torre en Siloé, matándolos* (Lucas 13, 4), representan la destrucción del pueblo de los judíos. En efecto, dieciocho se escribe entre los griegos con las letras iota, i, y eta, h, signos con los que se escribe el nombre de Jesús, por no querer creer en el cual fueron aplastados por los romanos junto con su ciudad.

(213) El hombre que plantó una higuera en su viña es Cristo, que fundó la Sinagoga en el pueblo judío. Y a pesar de que el Señor

ha ordenado que ésta sea cortada por inútil, los colonos apóstoles cavan a su alrededor un surco de humildad y le aplican estiercol, esto es, la confesión de los pecados, y así, al alcanzar la fe al final del tiempo, cambiará a mejor y dará abundantes frutos de justicia.

(214) La mujer que, después de padecer una enfermedad durante dieciocho años, fue curada por el Señor es símbolo de la Iglesia, que alcanzó la salvación por la fe al final de los tiempos. En efecto, este mundo se compone de seis edades. No obstante, su tiempo se divide en tres épocas: la primera es la anterior a la Ley, la segunda, la que corresponde a la ley, y la tercera, la que está *bajo la gracia* (Romanos 6, 14). Así pues, seis veces tres hacen dieciocho, número en el que aparece simbolizado el tiempo de nuestra salvación, cuando, una vez liberados de las cadenas de Satanás, por las que estábamos doblegados, recibimos el don de la salvación y alcanzamos la esperanza de contemplar el cielo.

(215) El hidrópico al que sanó el Señor representa a aquellos a los que pervierte un ansia desmedida de placeres carnales.

(216) El hombre con dos hijos es Dios, que tiene dos pueblos. De ellos, el mayor simbolizó a los judíos, pues permaneció en el culto de Dios, mientras que el otro, el más joven, simbolizó a los gentiles, pues, tras abandonar a su progenitor, se convirtió en siervo de los ídolos y, cuando regresó por la necesidad de la fe, Dios Padre lo acogió con clemencia y para festejar su conversión inmoló a su único Hijo bajo el símbolo de un ternero. Le entregó, además, el anillo de la fe y lo vistió con la túnica de la inmortalidad. Y a pesar de que su hermano el judío es atormentado por la envidia, con todo, celebrando su salvación, las voces concertadas de los ángeles cantan su alegría.

(217) En cuanto al administrador pródigo respecto al cual su señor ordenó que fuese destituido de la intendencia y que, cometiendo un fraude contra su señor, perdonó a los deudores de éste parte de su deuda para tener con qué vivir en el futuro, esta parábola fue propuesta como una enseñanza para nosotros. En efecto, si aquél mereció ser elogiado por su señor, porque, cometiendo un fraude contra él, se hizo en su propio interés con bienes ajenos con vistas al futuro, ¿cuánto más podemos nosotros agradar a Cristo, si, haciendo uso de nuestros propios recursos, mostramos misericordia hacia los necesitados a fin de que, así, seamos recibidos por ellos en las moradas eternas?

(218) El rico que *vestía de púrpura y lino* (Lucas 16, 19) simboliza la soberbia de los judíos, floreciente en otro tiempo por la gloria de su poder y la distinción de su honor.

(219) El mendigo ulceroso representa al pueblo de los gentiles, que se humilla con la confesión de sus pecados.

(220) Los cinco hermanos de aquel rico que era atormentado en los infiernos se entiende que son los judíos, que viven sometidos a los cinco libros de la Ley.

(221) Los diez leprosos que son sanados por el Señor son el símbolo de los herejes, que en la variedad de sus colores muestran la diversidad de los cismas y son enviados a los sacerdotes por esta razón, para que, una vez suprimida toda la variedad de sus errores, reciban el sacramento de la unidad.

(222) El juez injusto que no temía al Señor, pero que escuchó a una viuda que le suplicaba con asiduidad, es una parábola en la que se expone cuánta esperanza debe tener aquel que ruega sin cesar al Señor, cuando incluso la repetida insistencia de una viuda suplicante consiguió que le prestase oídos un juez injusto. La viuda, por su parte, puede representar a la Iglesia, que solicita con persistencia el castigo de sus enemigos, el Diablo y los herejes.

(223) El fariseo que oraba en el templo es el pueblo de los judíos, que exalta sus propios méritos justificándolos con la Ley.

(224) El publicano, por su parte, es el pueblo de los gentiles, que, situado lejos de Dios, confiesa sus pecados. De ellos, uno, por su soberbia, se retiró humillado, mientras que el otro, por su confesión, mereció acercarse a Dios exaltado.

(225) El ciego sentado junto al camino representa al pueblo de los gentiles, que mereció la luz de la fe por la gracia de Cristo.

(226) Zaqueo es el pueblo de los gentiles, pequeño por la gracia de sus méritos, pero que, elevándose por encima de las cosas terrenales gracias al leño de la cruz del Señor, contempla el misterio de Cristo.

(227) El hombre noble que marchó a una región remota a entrar en posesión de su reino es nuestro Redentor, que llegó hasta los confines de la Tierra para entrar en posesión de su reino entre los pueblos de los gentiles.

(228) Los ciudadanos que no quisieron que aquél reinase se entiende que son los judíos, que despreciaron a Cristo como rey.

(229) El sirviente que, habiendo recibido una moneda de una mina, consiguió diez representa a los doctores que, habiendo recibido la gracia del Evangelio, se sirvieron bien de ella frente a los preceptos del decálogo de los Diez Mandamientos y, enseñando, ganaron a muchos para la fe. Por ello, cuando venga el Señor, serán alabados, pues obtuvieron un gran beneficio.

(230) Por su parte, aquel sirviente que a partir de una mina ganó cinco simboliza a aquellos que, observando el mandato de Dios, adquieren la ciencia de la Ley escrita en los cinco libros de Moisés y, enseñándola, ganan lo necesario para su propia salvación.

(231) Por su parte, aquel que conservó la mina en un pañuelo representa a aquel que se sirve con indolencia y despreocupación del don de la gracia que le ha sido confiado, por lo que con razón pierde incluso la gracia concedida, puesto que por su negligencia despreció predicarla a fin de que lo que trabajó se acrecentase en su propio interés.

(232) La viuda que echó dos pequeñas monedas en el gazofiliaco simboliza al alma fiel de aquel que guarda en el tesoro de su corazón el fruto de su amor hacia Dios y hacia el prójimo.

(233) El esposo es Cristo, del que se celebra su boda con la Iglesia, en cuya unión se transforma el agua en vino, pues los creyentes por la gracia del bautismo alcanzan la corona de la pasión.

(234) El mayordomo se entiende que es Moisés, que se admira de que el pueblo reunido por Jesús en torno al Evangelio sea mejor y más santo que el primero, sacado de Egipto. En efecto, el vino que se había acabado representa que la gracia del Espíritu Santo ha sido retirada a los judíos y distribuida entre los gentiles por los apóstoles.

(235) La mujer samaritana se entiende que representa místicamente a la Sinagoga, sometida según el sentido de la carne a los cinco libros de la Ley, como si se tratase de cinco esposos, y a la que el Señor, en su misericordia, llama a extraer el agua viva, esto es, a recibir la gracia del bautismo y comprender el significado simbólico de la Ley.

(236) La mujer adúltera que es presentada ante el Señor como merecedora de ser lapidada es la Iglesia procedente de los gentiles, que en el pasado, abandonando a Dios, había adorado a los ídolos. La Sinagoga, celosa, quería que fuese ejecutada, pero Cristo la salva mediante la remisión de su pecado y no permite que perezca, pues supo conceder el perdón a los pecadores.

(237) Simón el leproso es el pueblo de los gentiles, que fue sanado por el Redentor.

(238) La mujer que ungió con unguento la cabeza del Señor es la Iglesia, que dedica los frutos de su trabajo y el perfume de su fe a alabar a Dios y glorificar a Cristo.

(239) El ángel por cuyo descenso se removía el agua rodeada por cinco pórticos es Cristo, ante cuya venida se agitó el pueblo de los judíos, encerrado en cinco libros. En efecto, al descender el ángel, el agua se removía y un enfermo era sanado; y, al descender Cristo desde los cielos, ese mismo pueblo se agitó con su pasión y el mundo fue sanado.

(240) El ciego de nacimiento a quien el Señor, después de untar sus ojos, envió a lavarse a la piscina de Siloé representa al género humano, corrompido por las tinieblas de los pecados desde su nacimiento, esto es, desde el primer hombre, cuyos ojos el Señor cubrió con saliva y barro, pues *el Verbo se hizo carne* (Juan 1, 14), y a quien ordenó que lavase sus ojos en la piscina para que, bautizado en Cristo, recibiese la Ley de la fe y creyese en aquel que se mostró humilde ante el mundo.

(241) Lázaro, a quien el Señor resucitó de la tumba, cuando ya hedía después de cuatro días, representa al mundo, al que había corrompido la gravísima costumbre del pecado, pero que resucita al cuarto día después de su muerte. En efecto, el primer día de la muerte es la propagación de la muerte, extendida desde Adam, el segundo día de la muerte es la transgresión de la ley natural, el tercer día de la muerte es la prevaricación de la Ley dada y el cuarto día de la muerte es el desprecio de la predicación evangélica. Este último día el Señor, mirando su obra, se dignó resucitarla en su misericordia.

(242) El sirviente del príncipe de los sacerdotes, cuya oreja derecha es cortada, es el pueblo de Israel, convertido en sirviente por



causa de su incredulidad. Éste pierde la oreja derecha, cuando pasa a la izquierda por su comprensión literal de las Escrituras, mas, en aquellos que creen, el Señor le restaura el oído de la fe y lo vuelve obediente al mandato evangélico.

(243) El príncipe de los sacerdotes que desgarró sus ropajes durante la pasión del Señor representa al pueblo hebreo desprovisto del sacerdocio y privado del reino dividido.

(244) Barrabás, que es entregado a los judíos, simboliza al Anticristo, al que aquéllos, por sus pecados, merecieron recibir en lugar de Cristo.

(245) Herodes y Pilatos, que, aunque eran adversarios, se unen con lazos de amistad con ocasión de la pasión del Señor, simbolizan que el pueblo de la circuncisión y el de los gentiles estuvieron divididos al principio, pero por la pasión del Señor se unieron en la fe.

(246) Simón de Cirene, a quien cargaron con la cruz para que la llevase, se entiende que es el pueblo de los gentiles, que, ajeno a la Ley, se hace seguidor del Evangelio, llevando él mismo la cruz de Cristo y convertido en el portador de la fe.

(247) Los dos ladrones representan al pueblo de los judíos y al de los gentiles, uno de los cuales, incrédulo, blasfema contra Cristo colgado en la cruz, y el otro, fiel, censura a los judíos que blasfeman.

(248) Los cuatro soldados que hicieron para sí cuatro partes de los ropajes de Cristo simbolizaron las cuatro partes del mundo que se repartieron las palabras de Cristo, según está escrito: *Me alegraré por tus palabras, como el que encuentra muchos despojos* (Salmos 118, 162).

(249) Las mujeres que anuncian a los apóstoles la resurrección del Señor se entiende que son la Ley y la profecía, que predicaron, a modo de precursores, la gloria de la resurrección de Cristo antes de que ésta se manifestase.

(250) Los siete discípulos con los que se cuenta que el Señor comió después de la resurrección simbolizan el séptimo reposo de la resurrección futura, en el que todos los santos, gracias a Cristo, se saciarán en el eterno banquete de la bienaventuranza, saciedad a la que ojalá nos conduzca Cristo. Amén.

TRADUCCIÓN DEL *DE HAERESIBVS* (CPL 1201) <sup>15</sup>

(1) Ocupémonos ahora de las afirmaciones de los herejes y las opiniones de los impíos.

(2) Y, en primer lugar, hemos decidido que debe definirse qué diferencia existe entre un ortodoxo, un hereje y un cismático.

(3) El ortodoxo o católico es un hombre recto por su fe y distinguido por su vida. Se denomina ortodoxo en la lengua griega al varón de recta reputación.

(4) Los malos católicos son aquellos que únicamente son cristianos de palabra, pero en sus obras se apartan de la doctrina cristiana. Éstos, como no viven de acuerdo con los preceptos del Evangelio, renuncian con facilidad a su fe, que sólo cultivan de palabra, cuando se presenta ante ellos una tentación.

(5) Reciben, por su parte, el nombre de herejes aquellos que tienen ideas reprobables sobre Dios, sobre su creación, sobre Cristo o sobre la Iglesia y, una vez descubiertos, continúan defendiendo con una pertinaz sinrazón la perfidia de su inusitado error.

(6) Los cismáticos son aquellos que en los asuntos de fe tienen rectas opiniones, mas, cuando surge alguna disputa y se rompe la comunión de la paz, se apartan del consorcio fraternal. Se advierte, en consecuencia, que aquéllos<sup>16</sup> yerran *en el amor a Dios* (Judas 21)], porque tienen ideas abominables sobre Dios, mientras que éstos<sup>17</sup> se engañan en el amor debido al prójimo, porque se alejan de la sociedad fraternal.

(7) Convierte a una persona en herética el hecho de que no se comprendan los misterios figurados de las Sagradas Escrituras, o el que no se advierta la diferencia entre la verdad histórica y el sentido espiritual, o el que un ánimo desenfrenado se afane por indiscreción en conocer lo secreto. Demos noticia, ciertamente, de las blasfemias de los errores de éstos, una por una y con detalle, en la medida en que seamos capaces, a fin de que la precaución de los fieles sea más sencilla, cuando se revelan los oscuros y ocultos secretos de los impíos.

<sup>15</sup> Traducción del texto latino publicado en Martín-Iglesias "El tratado *De haeresibus*", *art. c.*, 165-173.

<sup>16</sup> Los herejes.

<sup>17</sup> Los cismáticos.

(8, 1) Los judíos no creen que Cristo es Dios y desprecian el Nuevo Testamento.

(8, 2) Los paganos niegan que exista un solo Dios y adoran a las criaturas.

(8, 3) Los simoníacos niegan que el mundo haya sido creado por Dios y no creen en la resurrección futura de los cuerpos. Esto lo afirman también los saturnianos.

(8, 4) Los menandrianos aseguran que el mundo fue creado por siete ángeles al margen de la voluntad de Dios.

(8, 5) Los basilidianos sostienen que hay 365 cielos.

(8, 6) Los nicolaítas, llevados por una detestable impudicia, intercambian las esposas unos con otros y afirman que la creación del mundo no fue obra de Dios, sino de ciertos poderes imaginarios.

(8, 7) Los gnósticos y los borboritianos creen que la sustancia del alma es parte de Dios.

(8, 8) Los carpocratianos dicen que Cristo fue sólo un hombre, nacido de la unión de los dos sexos, y no aceptan la resurrección. También los ebionitas y los teodotianos siguen esta creencia.

(8, 9) Los corintianos piensan de un modo semejante. Niegan también que Cristo haya resucitado y afirman que, después de la resurrección, los santos disfrutarán de mil años para entregarse a los placeres y a los deleites sensuales.

(8, 10) Los nazareos dicen que Cristo es Dios y aceptan en sentido literal el Antiguo Testamento.

(8, 11) Los ebionitas dicen que Cristo fue un hombre y aceptan la Ley en sentido literal.

(8, 12) Los valentinianos, entre otras execrables doctrinas, afirman que Cristo tuvo un cuerpo celestial y que no asumió la carne de la Virgen, y desvarían diciendo que pasó por ella como el agua pasa por un canal. También los secundianos y los bardesanistas se apartan de la verdad, llevados por una locura semejante.

(8, 13) Los marcionitas defienden la existencia de dos principios, como si se tratase de dos dioses: uno justo, creador de las criaturas y remunerador de las acciones humanas; y otro bueno, que acoge las almas de los que creen y perdona los pecados.

(8, 14) Los cerdonianos niegan que Cristo naciese, sufriese la pasión y muriese y creen, más bien, que fingió la pasión. Éstos mismos dicen que existen dos principios contrarios, asegurando que el Dios de la Ley no es el padre de Cristo ni bueno, sino justo, y que el padre de Cristo es bueno. Éstos mismos desprecian a un tiempo tanto la resurrección como la Ley.

(8, 15) Los fotinianos o paulinianos predicán que Cristo no existió por siempre y que, antes bien, tuvo su origen en la Virgen.

(8, 16) Los maniqueos imaginan que existen dos naturalezas y dos principios del bien y del mal que luchan entre sí. Creen que Cristo no nació de la Virgen, sino que tuvo un cuerpo imaginario. Calumnian a los profetas, rechazan el Antiguo Testamento y desprecian el matrimonio.

(8, 17) Los arrianos niegan que la Trinidad sea de una sola naturaleza y esencia y creen, por el contrario, que el Hijo es una criatura del Padre y que el Espíritu Santo es una criatura del Hijo. Éstos además vuelven a bautizar.

(8, 18) Por su parte, los sabelianos confunden la Trinidad en sus personas, diciendo que ésta es el Padre antes de que naciese en la carne, que ésta se convirtió en el Hijo procedente de la Virgen y que ésta es el Espíritu Santo cuando desciende sobre las lenguas de los apóstoles.

(8, 19) Los macedonianos, si bien dicen que el Padre y el Hijo están formados por una única sustancia, afirman que el Espíritu Santo es una criatura.

(8, 20) Los encratitas admiten tan sólo a su comunión a los que practican la continencia y a aquellos que han renunciado de tal modo a la vida del siglo que nada poseen en el mundo que puedan dejar en herencia.

(8, 21) Los apelitas imaginan que Cristo conformó su carne a partir de los elementos del mundo y que, tras haberse despojado de ella, regresó al cielo.

(8, 22) Los apolinaristas sostienen que Cristo tuvo únicamente un cuerpo, pero sin alma.

(8, 23) Los noetianos aseguran que Dios es triforme, como si tuviese tres partes que conformasen la divina Trinidad.

(8, 24) Los antropomorfitas creen que Dios está formado por los rasgos de los miembros humanos.

(8, 25) Los metangismonitas, que el Hijo está dentro del Padre de un modo semejante a como una vasija pequeña está dentro de una vasija más grande.

(8, 26) Los catafrigios dicen que la venida del Espíritu Santo se efectuó sobre ellos, no sobre los apóstoles, consideran las segundas nupcias como una fornicación y en los misterios de la eucaristía se sirven de la sangre de los niños con una mezcla de harina.

(8, 27) Los etianos o eunomianos aseguran que el Hijo es distinto al Padre y el Espíritu Santo distinto al Hijo. Piensan, además, que a aquellos que se mantienen firmes en la fe no puede imputarse ningún pecado.

(8, 28) Los priscilianistas, como también los sabelianos, rechazan la Trinidad y distinguen los miembros del cuerpo humano en los doce signos de los astros. Dicen que el alma es de la misma naturaleza de la que Dios está formado, que por su propia voluntad desciende a través de los siete cielos, que llega hasta cierto príncipe maligno por quien afirman que este mundo fue creado y que es introducida en los cuerpos por dicho príncipe.

(8, 29) Los novacianos condenan las segundas nupcias y niegan la penitencia a los pecadores.

(8, 30) Los ermogenianos aseguran que los elementos del mundo y las almas no han sido creados por Dios, sino por los ángeles.

(8, 31) Los eutequianos aseguran que Cristo está formado por una sola sustancia y que no asumió ningún cuerpo de la Virgen.

(8, 32) Los setianos dicen que Sem, el hijo de Noé, fue Cristo y que Seth, el hijo de Adam, fue engendrado de una madre celestial, por lo que la semilla de éste es denominada "la semilla de los hijos de Dios".

(8, 33) Los tseseresdecatitas inmolan el cordero pascual en la decimocuarta luna, de acuerdo con los ritos de los judíos.

(8, 34) Los adamitas, como queriendo imitar a Adam, se reúnen entre ellos desnudos, oran desnudos y también celebran desnudos los sacramentos.

(8, 35) Los angélicos rinden culto a los ángeles.

(8, 36) Los apostólicos dicen que los casados no alcanzan la vida eterna, ni tampoco aquellos que poseen algo en propiedad.

(8, 37) Los eraclitas, entre otros errores, creen que los niños no alcanzan el reino de los cielos.

(8, 38) Los aerianos prohíben celebrar una misa por los difuntos. Éstos, además, no poseen nada en propiedad.

(8, 39) Los antedicomaritas dicen que, después del nacimiento de Cristo, la Virgen María tuvo relaciones carnales con su esposo.

(8, 40) Los arábigos dicen que las almas mueren junto con el cuerpo y que al final de los tiempos unas y otros resucitarán.

(8, 41) Los tertulianistas predicán que el alma, ciertamente, es inmortal, pero corpórea, y piensan que las almas de los pecadores, tras la muerte, se convierten en demonios.

(8, 42) Los donatistas predicán que, si bien poseen todos ellos la misma sustancia, con todo, el Hijo es inferior al Padre y el Espíritu Santo, al Hijo. Además, rebautizan a los católicos.

(8, 43) Los montenses se dejan llevar por el mismo error que los donatistas y los novacianos.

(8, 44) Los evodianos confiesan lo siguiente, diciendo: "María fue virgen antes del parto, no fue virgen tras el parto".

(8, 45) Los jovinianistas aseguran que no hay ninguna diferencia en los méritos que poseen las personas casadas y las célibes.

(8, 46) Los luciferianos dicen que el alma surge de la carne y de la sustancia de la carne.

(8, 47) Los circumceliones, por un insano amor al martirio, en ocasiones, mientras oran, se dan muerte a sí mismos sirviéndose del fuego o de la espada a fin de ser considerados mártires por haber perecido de forma violenta.

(8, 48) Los nestorianos predicán que Cristo nació únicamente hombre de santa María, no Dios, al mismo tiempo, y que esta dignidad le fue concedida por sus méritos.

(8, 49) Los eutiquianos aseguran que en Cristo no se conformó un hombre.

(9) Además, los judíos, que han sido citados más arriba, se distinguen por las siguientes herejías. Éstas son sus diferencias.

(10, 1) Los efneos dicen que Cristo enseñó a todos ellos la continencia.

(10, 2) Los galileos afirman que Cristo les enseñó que no llamasen dios al César.

(10, 3) Los marboneos, por su parte, creen que fue el propio Cristo quien les enseñó que debía observarse el reposo del sábado en cualquier circunstancia.

(10, 4) Los fariseos, por su parte, niegan que Cristo haya venido y no observan nada de lo dicho más arriba.

(10, 5) Los saduceos rechazan la resurrección, diciendo que en el Génesis está escrito: *Tierra eres y a la tierra irás* (Génesis 3, 19).

(10, 6) Los genistas se ufanan de ser descendencia de Abraham.

(10, 7) Los meristas no creen en ninguno de los libros canónicos, diciendo que los perfectos profetizaron impulsados por espíritus diversos.

(10, 8) Los samaritas son aquellos que, conducidos por los asirios, han mantenido, en parte, las costumbres de los israelitas y, en parte, las ceremonias paganas, mezclándolas en sus ritos.

(10, 9) Los herodianos son aquellos que afirman que Herodes fue Cristo.

(10, 10) Los hemerobaptistas son aquellos que lavan a diario sus cuerpos, sus casas y su mobiliario.

(11) A continuación, después de enumerar las herejías, ocupémonos asimismo de las creencias de los paganos. Éstas son las diferencias entre ellos.

(12, 1) Los platónicos dicen que el mundo y los ángeles fueron conformados por el Dios eterno, pero afirman que los hombres fueron creados por los ángeles por orden de Dios. Éstos, aunque creen en la eternidad del alma, sin embargo, piensan que, después de muchos siglos, las almas se introducen en los cuerpos de las bestias y de las aves.

(12, 2) Los epicúreos dicen que Dios no se preocupa por nada y que no es dominado ni por la ira ni por el afecto. Creen que existen innumerables mundos, defienden que la felicidad de la vida reside en los placeres del cuerpo e imaginan que las almas perecen al mis-

mo tiempo que el cuerpo. Éstos niegan que en Dios exista interés por los asuntos humanos y ello a fin de persuadir de la impunidad de los crímenes. Añaden, además, que el mundo no es regido en modo alguno por la providencia divina o por la razón, sino por circunstancias fortuitas e inciertas, y que, suprimida cualquier ley, todo lo gobierna la fortuna.

(12, 3) Los estoicos dicen que todos los pecados son iguales y semejantes sus penas y, aunque gozan de autoridad, dijeron, no obstante, que el alma perece. Aman la virtud y la continencia y persiguen la gloria inmortal, pues confiesan que ellos mismos no son inmortales.

(12, 4) Los peripatéticos, el primero de los cuales fue Aristóteles, dicen que cierta partícula del alma es eterna, pero que, por lo demás, ésta en gran parte es mortal.

(12, 5) Los académicos afirman que todo es incierto y que no hay nada en el mundo que sea tan verdadero que no sea dudoso. En consecuencia, mientras que los físicos afirman que saben algo, los académicos afirman que nada saben.

(12, 6) Los matemáticos estudian los desplazamientos de las constelaciones y hacen depender las vidas de los hombres del curso de las estrellas. Dicen que el sol es mayor que las tierras.



## RESUMEN

Este artículo ofrece la traducción de la dos obras de Isidoro de Sevilla: las *Allegoriae quaedam Sanctae Scripturae* (CPL 1190) y el *De haeresibus* (CPL 1201). Las primeras son un tratado de exégesis bíblica de carácter alegórico en las que su autor ofrece el sentido espiritual de los principales personajes de los dos Testamentos, tanto de personajes concretos (Adam, Eva, Noé, Abraham, los cuatro evangelistas, la Virgen María, etc.) como de personajes tipo (los sordos, los ciegos, los endemoniados, la viuda, etc.). El *De haeresibus* es un pequeño tratado de polémica religiosa en el que Isidoro distingue entre el cristiano ortodoxo, el mal cristiano, el hereje y el cismático, y presenta, a continuación, un selecto catálogo de las principales herejías surgidas en el seno de la Iglesia (49), así como de las más conocidas sectas judías (10) y las doctrinas filosóficas griegas más relevantes (6).

*Palabras clave:* Isidoro de Sevilla, Hispania visigoda, Padres de la Iglesia, Exégesis bíblica, Herejías.

## ABSTRACT

This article offers the translation of two works of Isidore of Seville: the *Allegoriae quaedam Sanctae Scripturae* (CPL 1190) and the *De haeresibus* (CPL 1201). The first one is a treatise of biblical exegesis in which the author offers the spiritual meaning of the main protagonists of two Testaments, both of concrete characters (Adam, Eve, Noah, Abraham, the four evangelists, the Virgin Mary, etc.) as of type characters (the deaf, the blind, the demonized, the widow, etc.). The *De haeresibus* is a small treatise on religious controversy in which Isidore distinguishes between the orthodox Christian, the wrong kind of Christian, the heretic and the schismatic, and then presents a select catalog of the main heresies of the Church (49), as well as the best known Jewish sects (10) and the most relevant Greek philosophical doctrines (6).

*Keywords:* Isidore of Seville, Visigothic Spain, Fathers of the Church, Biblical Exegesis, Heresies.